

BAILEY GUTIÉRREZ, Alberto, *Horacio, dos mil años de actualidad, Odas en latín y en castellano*, La Paz, Universidad Nuestra Señora de la Paz, 2001, 366 págs.

Alberto Bailey ofrece en este libro su traducción de los cuatro libros de Odas, así como del segundo épodo (*Beatus ille qui procul negotiis...*) y del *Carmen saeculare*. La traducción está precedida de una presentación (pp. 7-10) de Andrés Eichmann y Mario Frías Infante y de un estudio introductorio (pp. 11-50) del propio traductor.

Los presentadores hablan de la necesidad de que “cada cierto tiempo las obras clásicas [...] sean de nuevo traducidas a las diversas lenguas a las que ya fueron vertidas”. ¿Por qué? Porque “las traducciones, en contraste con la obra original de corte clásico, tienen una vida limitada. Envejecen y muchas veces mueren. No vale para éstas la poética sentencia horaciana *exegi monumentum aere perennius*” (p. 7). Hablan también de las dificultades que implica la traducción en general y, en particular, la que se hace de una lengua clásica.

El estudio introductorio está repartido en cinco capítulos, en los que el traductor se propone demostrar la perenne actualidad de la obra del poeta de Venusia. Actualidad que se debe

a que [Horacio] sigue interesando y gustando por la variedad de los temas que aborda, por la belleza de su expresión, por la profundidad de su pensamiento, por su vuelo poético y por la universalidad de la temática humana que nos presenta, tan válida en la Roma imperial como ahora (p. 11).

---

PALABRAS CLAVE: castellano, Horacio, latín, odas.

RECEPCIÓN: 6 de junio de 2001.

ACEPTACIÓN: 24 de septiembre de 2001.

En el capítulo I (“Los clásicos ayer y hoy”), se dice, entre otras cosas, que conocer y estudiar a los clásicos

contribuye a ordenar la mente, a construir el pensamiento, a penetrar en nosotros mismos [...] Al acercarnos a ellos aprendemos, pues ellos nos infunden cultura y sentido lógico, pero también merecen ese acercamiento por el valor en sí que poseen, por el goce que producen, por la satisfacción íntima y única de saberlos (p. 13).

Horacio, dice don Alberto, es “un clásico de actualidad asombrosa. Y evidentemente es mucho mejor leerlo que no leerlo” (p. 14).

En el capítulo II (“El hombre, su tiempo y su legado”), encontramos una breve semblanza del Venusino, así como breves reflexiones sobre este hombre poeta, el cual

dentro de su poesía de excelencia, nos transmite la realidad de lo que eran la Roma de su tiempo, sus instituciones, sus problemas, el espíritu de su gente. Aunque no pretende hacer historia, acaba dando un testimonio real y vivo (p. 18).

Don Alberto explica por qué Horacio dedica varios poemas a ensalzar la figura del emperador Augusto. Y luego afirma:

La obra de Horacio nunca quedó en las sombras [...] Sus poemas como expresión bella y sublime de la realidad y del sentimiento, son difícilmente igualados en cualquier idioma; sus temas, expresión universal de la problemática humana, de las angustias, esperanzas e interrogantes existenciales, son hoy tan vigentes como hace dos mil años; su métrica y versificación siguen siendo objeto de estudio en universidades y entre especialistas por su perfección, capacidad de síntesis e inconfundible pulcritud, así como por su belleza y largo aliento (pp. 20-21).

Y es que el legado de Horacio no se agota. La sorprendente cantidad de códices con obras de Horacio, así como la no menos sorprendente cantidad de ediciones monolingües o bilingües que se han hecho hasta el presente, son un testimonio inequívoco del gran interés que ha despertado la poesía del Venusino a lo largo de los siglos. En su libro *México exalta y censura a Horacio*, Tarsicio Herrera Zapién informa que por lo menos son treinta los mexicanos que se han ocupado en traducir a ese gran poeta latino (pp. 320-325).

En el capítulo III (“Traducir a Horacio”), A. Bailey habla de lo complejo que resulta traducir a este poeta.

El poeta —afirma don Alberto— llega a una síntesis extrema. La brevedad y la concisión de sus versos son casi imposibles de expresar en un idioma distinto, en este caso, en castellano. Dice tanto en tan pocas palabras que desconcierta [...] Toda traducción de Horacio está condenada a perder sentido o sabor o fuerza o musicalidad respecto del original. No importa cuánto tiempo y esfuerzo hayan puesto sus traductores a través de los siglos, siempre el resultado se queda corto, a veces demasiado. Por eso el clasicista inglés J. W. Mackail decía que la sola ilusión de llegar a leer a Horacio en su propio idioma era una razón suficiente para aprender latín (p. 23).

Siempre he dicho en mis clases de lengua latina que Horacio se resiste, con cierta frecuencia, a ser traducido. Hace algunos años, expresé lo siguiente: “[Horacio] casi siempre escribe de manera muy concisa y precisa; suele decir tanto con tan pocas palabras, que a veces parecería casi intraducible”.<sup>1</sup> Coincido con don Alberto en sus conceptos emitidos con relación a las dificultades con que tropieza quien se propone traducir al Venusino, aunque —vale la pena mencionarlo— un buen latinista-humanista puede reproducir en su traducción, si no totalmente, sí muy de cerca, el sentido y el sabor del original. Lo más difícil, por no decir imposible, es reproducir la musicalidad de los versos horacianos, y esto por razones de todos conocidas. Sin embargo, hay quienes intentan imitarla, y su esfuerzo es digno de elogio.

A propósito de la versión de los clásicos, don Alberto afirma: “Pasar un hexámetro latino a otro castellano no logra efecto y para hacerlo hay que sacrificar el sentido” (p. 26). No estoy completamente de acuerdo. En mis largos años de profesor, he visto varias traducciones de hexámetros latinos en hexámetros castellanos, y si es cierto que de la musicalidad del original tan sólo puede hacerse una imitación aproximada, algunos latinistas logran transmitir en sus versiones, casi siempre, el sentido del texto que traducen. Por motivos de prudencia, omito mencionar nombres de excelentes humanistas mexicanos

---

<sup>1</sup> Cfr. J. P. A., “Dos libros en el segundo milenio de la muerte de Horacio”, en T. Herrera Zapién, *Horacio, Crisol bimilenario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 13.

que, al pasar los hexámetros latinos a hexámetros castellanos, no han tenido que sacrificar el sentido del original. Sin embargo, la opinión de don Alberto es muy respetable y digna de tomarse en cuenta.

Por todo lo que acabo de decir, ya puede deducirse que la traducción de don Alberto está hecha en prosa.

El capítulo IV (“Los temas de Horacio”) explica la temática horaciana. No se hace, en esta parte del estudio introductorio, una simple enumeración de los diferentes temas abordados por el Venusino. Don Alberto hace un estudio que, aunque breve, resulta muy interesante. Él profundiza, por ejemplo, en el sentido horaciano de la *aurea mediocritas*, de la *pallida mors* con el *carpe diem*, de *non omnis moriar*, *parcus deorum cultor*, *odi profanum vulgus et arceo*. Afirma don Alberto:

Su apego a la moderación, sus críticas a los excesos en las costumbres y la avidez por dinero y por riquezas, así como sus principios cívicos de amor a Roma, nos muestran una personal filosofía de la vida, sin duda, pero no hay que olvidar que todo aquello también obedece a una necesidad de plantear a los romanos de su tiempo un programa de principios y de vida, un apoyo a la corriente ordenadora de Augusto, un ideario para la juventud (p. 44).

En el capítulo V (“La estética de un poeta siempre actual”), se habla del sentido que tiene para Horacio la Musa, o las Musas; así como de algunos de los preceptos que enseña el poeta en su *Arte poética*, y don Alberto concluye sosteniendo que Horacio se adelanta a la lingüística moderna sobre el curso evolutivo de los idiomas, y que se acerca a la actual estilística. Termina diciendo: “Su poesía y no otra cosa lo inmortalizará y con ella seguirá desafiando al tiempo. *Non omnis moriar*”.

Como ya quedó dicho, la traducción de don Alberto está hecha en prosa, no en verso. Afirma que su traducción “busca transmitir la fuerza y a la vez la concisión de Horacio, la profundidad de su pensamiento”. Y añade: “Muchas veces lo trivial que en él adquiriría un vuelo único, se me queda en trivial (unos consejos, unas máximas, unas alusiones mitológicas sin el aliento ni la elegancia del original)” (p. 25). Estas últimas palabras resultan muy agradables, porque, si la actitud del traductor no debe ser cobarde ni tímida, sí debe ser humilde. Si un traductor de textos latinos hiciera alarde de que su traducción es

perfecta, estaría cometiendo un gravísimo error, que acaso sólo podría sostenerse con un cúmulo de mentiras.

Creo que la traducción de don Alberto se ajusta, casi siempre, a los criterios que él mismo se estableció. Hay, en su versión, algunas palabras o frases que tal vez no reproducen con toda exactitud el sentido del original, pero, siendo relativamente pocas, no es necesario señalarlas expresamente. Por el contrario, hay que alabar su esfuerzo por acercarnos a este gran poeta latino, porque, en última instancia, podremos cotejar su versión con la de otros, y acaso con las nuestras (esas que hacemos mentalmente cuando leemos el texto latino), para, de esa manera, disfrutar más hondamente la poesía de Horacio.

Séame lícito, don Alberto, suplicarle que, para la siguiente edición, incluya un aparato de notas a la traducción, que considero, si no absolutamente imprescindible, sí muy conveniente. Los lectores se lo agradecerán.

Julio PIMENTEL ÁLVAREZ

